

servicio estuvieron la palabra fácil y la pluma del malogrado profesor. Sus rápidas transiciones del credo krausista al neo-kantiano, y de éste al positivismo; las metamorfosis á que le sometió su ductilidad, y que tan brillantemente exponía en artículos y discursos, obedecen al instinto de la crítica, que le condenó á ver las cosas por aspectos distintos, según las circunstancias y situaciones en que se colocaba.

Por lo que toca á la Literatura, las creencias de Revilla fueron más firmes en este terreno que en el de la Filosofía, aunque en la apreciación concreta de obras y autores manifestó también algunas veleidades, conforme se ve, por ejemplo, al comparar entre sí los antitéticos juicios que formuló sobre la dramaturgia de Echegaray. Y, sin embargo, era tan ingenuamente sincero al afirmar como al negar, puesto que no partía de la voluntad, sino de la inteligencia, aquel extraño juego de opiniones, con el que Revilla se engañaba á sí propio antes que á sus lectores. En elogio de él, y en confirmación de su sinceridad, ha de confesarse que rara vez, y acaso nunca, sacrificó sus convicciones á los intereses personales ó de bandería, y que se apresuraba á reconocer el mérito allí donde creía encontrarlo, aunque fuese en un enemigo. No sé por qué se le atribuyó en vida, y se le sigue atribuyendo, una propensión á la censura violenta y al encono, puramente imaginaria, ya que de ordinario se distinguía por una benevolencia sin límites para con los autorcillos insignificantes y por una admiración idolátrica á los maestros.

No negaré que padeciese eclipses la estrella del optimismo que le guiaba; pero los procedimientos de su crítica no eran, como suponen los ofendidos por ella, é incapaces de olvidar agravios verdaderos ó hipotéticos.

Más que por las campañas á diario mantenidas en la tribuna y en la prensa, subsistirá la fama de Revilla

por los *Principios de literatura general*¹, excelente libro de texto á pesar de sus lunares, plagiado en otros análogos y de fecha novísima; por la serie de semblanzas que consagró á los modernos literatos españoles, desde Ayala, Hartzenbusch, Mesonero Romanos y Valera, hasta Núñez de Arce, Galdós y Echegaray, y por estudios de estética ó de historia literaria tan luminosos como *El naturalismo en el arte*, *El concepto de lo cómico*, ¿El condenado por desconfiado es de Tirso de Molina? (Revilla atribuye á Lope de Vega aquel sublime drama teológico), *La interpretación simbólica del Quijote*, *De algunas opiniones nuevas sobre Cervantes y el Quijote* (contra D. Nicolás Díaz de Benjumea), y *El tipo legendario del Tenorio y sus manifestaciones en las modernas literaturas*². En las dos series de *Críticas de D. Manuel de la Revilla*, publicadas por el Sr. Capdepón³, hay también algunos artículos estimables sobre Alarcón, Blasco, Cano y Masas, Gustavo Hubbard, Sánchez de Castro, etc.

El *Hermenegildo* y el *Theudis* del último poeta mencionado, la mayor parte de los dramas de Echegaray y sus imitadores, y en general las obras representadas en los teatros de Madrid desde 1872 á 1882, dieron materia para una serie de crónicas en *La Ilustración Española y Americana* al difunto literato valenciano D. Peregrín García Cadena, crónicas de más apariencia que fondo, de estilo charolado, recompuestas, no siempre inteligible, y en cuya eufónica suavidad van envueltos ataques muy duros, así para los cultiva-

¹ Madrid, 1877 (segunda edición). El tomo II de esta obra fué escrito por D. Pedro Alcántara García, y de toda ella hay una reimpresión más reciente (Madrid, 1884).

² V. *Obras de D. Manuel de la Revilla con prólogo del Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo y un discurso preliminar de D. Urbano González Serrano*. Madrid, 1883. Esta colección, dada á luz por el Ateneo, es incompletísima y contiene algunos trabajos del autor muy inferiores á otros omitidos.

³ Burgos, 1884-1885.

dores del neo-romanticismo, como para los representantes del género bajo-cómico.

Mientras oficiaban de críticos serios Revilla y García Cadena, apareció en las columnas de *El Solfeo* la firma de *Clarín*, que resultó identificarse con la de Leopoldo Alas, colaborador entonces de la *Revista Europea*, joven recién salido de las aulas, que á la vez barajaba los problemas del Derecho y la moralidad en jerga krausista, y los nombres propios de las personas de viso en virulentos ataques que acabaron por hacerle famoso. Desde aquella fecha no ha cesado un punto de verter raudales de tinta y bilis sobre el papel, de alzar la voz en las publicaciones de bajo vuelo con motivo de cualquier acontecimiento literario, convirtiéndose á sí propio en juez inapelable, señor feudal de horca y cuchillo, baratero de puñal envenenado, y *dómine* con encargo de enseñar á todos los habitantes de España y sus Indias.

No negaré yo ¿cómo negarlo? que los *paliques* y los libros de Leopoldo Alas han disfrutado de gran autoridad entre la novísima generación de literatos incipientes. La difusión de los periódicos en que colabora le han hecho temible para cuantos, bien ó mal, manejan la pluma. Pero las campañas de *Clarín* no han sido nunca de verdadera crítica, sino de difamación calumniosa, que á la larga resulta contraproducente. Para él no existen más reglas de arte, de moralidad y decoro social que los caprichos de su temperamento, y las sugerencias de su amor propio, halagado ú ofendido. ¡Qué atrocidades diría contra Calderón y Cervantes si se hubieran escrito en nuestra época el *Don Quijote* y *La vida es sueño*, y cómo se habría cebado en las erratas de imprenta!

Hace bastante tiempo que está agotado hasta el ingenio de mala ley con que alucinaba á sus devotos, y cada vez se va desprestigiando más entre ellos, sobre todo desde la inolvidable polémica con Federico Ba-

lart. Sin duda se han recrudecido en *Clarín* habituales dolencias hepáticas, ó bien comienza á ser víctima de un lamentable reblandecimiento cerebral.

Lo peor es que el autor de *Su único hijo* tiene formada una escuela de orates, que cobran su tanto cuanto en las oficinas de ciertos periódicos por hablar mal de aquello que no está á la altura de su incivil caletre, y por vociferar como endemoniados en lenguaje mixto de barricada y mancebía.

Con el mismo espíritu y menos acrimonia que Leopoldo Alas cultivó la crítica su paisano y compañero Armando Palacio Valdés, que abandonó sus primitivas tareas para dedicarse á la de novelista. Sin embargo, en los perfiles y semblanzas de *Los oradores del Ateneo*¹, *Los novelistas españoles*², *Nuevo viaje al Parnaso*³ y *La literatura en 1881* se descubren una finura de tacto, una delicadeza irónica y un gusto correcto, que valdrían más si estuviesen libres de preocupaciones sectarias. El prólogo que va al frente de *La hermana de San Sulpicio* contiene ideas originalísimas sobre la belleza y el arte, erróneas sin duda, pero hijas al fin de un ingenio observador que sabe pensar por cuenta propia.

Algunos artículos de periódico, publicados entre largas interrupciones, han sido lo bastante para poner de manifiesto las peregrinas dotes críticas de D. Federico Balart⁴, y distinguirlo de la turbamulta de los que desempeñan el mismo oficio, pero con muy otros procedimientos. No cabe olvidar la rechifla en que trituraba la *Historia de la literatura contemporánea en España*,

¹ Madrid, 1878.

² Madrid, 1878.

³ Madrid, 1879.

⁴ Nació en Pliego (Murcia) el año 1831. Contaba diecinueve cuando llegó á la corte, relacionándose con la juventud literaria de aquel tiempo. Sus primeras críticas aparecían hacia el 1861 en el periódico *La Verdad*, firmadas con el pseudónimo de *Nadie*. Con el de *Cualquiera* colaboró Balart en *La Democracia*, y á

por Gustavo Hubbard, ni la soberbia elevación de criterio con que apreció el drama de Echegaray *En el puño de la espada*, aun siendo y todo discutibles las consecuencias particulares que infería de sus considerandos. Después de un largo período de inacción han reverdecido los laureles de Balart en las filigranas sobre *La Exposición de Bellas Artes (La Ilustración Española y Americana, 1890)*, sobre la *Poética* de Campoamor, y la novela *Pequeñeces* (en *Los Lunes de El Imparcial*), etc. Crítico eminente de artes plásticas y de Literatura, conocedor profundo de las particularidades técnicas, sabe reducir á su común principio de origen las distintas manifestaciones de lo bello, sin recurrir á las absurdas metáforas con que suelen hablar de Pintura los literatos, de Poesía los pintores, y muchos de lo que no entienden. Cuanto brota de la pluma de Balart ostenta un sello de madurez y cordura, de sincera convicción y sólido razonamiento, que se impone á las inteligencias más obtusas ó rebeldes. Esos caprichos risibles, esas bruscas salidas de tono, esas intemperancias de lenguaje que suelen estilar los críticos impresionistas, ocultando su crasa ignorancia en materia de arte con perfidias ó sandeces, no encajan en los moldes severos de los juicios de Balart. No ponderará él con la candidez enfática de Revilla las excelsas prerrogativas y los arduos deberes del *sacerdocio* y la *misión* del crítico; pero jamás ha sacrificado los que estima dictámenes de la verdad en aras del compadrazgo político, de la condescendencia amistosa, ni de otro móvil honesto ó disculpable. Han existido escritores más

poco formaba parte de la Redacción del *Gil Blas*. Desde Enero hasta Septiembre de 1868 continuó sus campañas de crítica en *El Universal*, interrumpidas durante todo el período revolucionario, y reanudadas en *El Globo* después de la Restauración. Doce años de silencio precedieron á la última reaparición de Balart en el mundo de las letras (1889), durante los cuales el antiguo demócrata recobró el tesoro de la fe cristiana ante la tumba de aquella esposa querida á quien ha inmortalizado con sus versos. Acaba de ser nombrado académico numerario de la Española.

sabios; ninguno más circunspecto, más escrupuloso y concienzudo, más digno de que se le crea bajo su palabra.

La honradez de Balart va acompañada de un ingenio profundo y sagacísimo, de una imaginación fértil y lozana, de un gusto refinado al que no se substraen átomos ni perfiles, y de una erudición discretamente aprovechada sin el menor viso de pedantería. Firme en los principios fundamentales de la Estética y la sana razón, deduce sus consecuencias y los aplica al caso concreto con maravillosa lucidez, con amplia y comprensiva mirada, que se transparentan en el estilo fácil, galano y pintoresco.

En la misma categoría que Balart, pero ocupando un puesto inferior, entran los conocidos periodistas D. Pedro Bofill, D. Isidoro Fernández Flórez, D. Jacinto O. Picón y D. Luis Alfonso. Bofill redacta ahora las *Veladas teatrales* de *La Epoca*, después de haber sido en *El Globo* un como sustituto de Revilla, menos sabio y más ameno que su predecesor. Fernández Flórez no acierta á prescindir de su innata propensión al humorismo, y suele hacer frases á propósito de un cuadro, una escultura, un libro, ó un acontecimiento teatral, lo mismo que si se tratara de otro cualquier asunto; pretende, en suma, lucir su ingenio antes que reflejar con fidelidad el espíritu y las condiciones de la obra que examina, y eso aun al dejar el terreno de la crítica ligera, como sucede en sus dos estudios de Zorrilla y Tamayo.

Picón escribe con soltura, vigor y rapidez nerviosa, y descubre puntos de vista nuevos y sorprendentes. No sólo entiende y trata de Literatura, sino también de las demás bellas artes. ¡Cosa extraña! Todo lo que tiene Picón de intransigente en las ideas, y de anarquista en Religión y en Moral, lo tiene de blando ante las obras de los autores más reñidos con su manera de pensar. Cuando ejerce de crítico se olvida de sus odios

y predilecciones, y si alguna vez peca de parcial é injusto, es por exceso de benevolencia, y sin distinguir de amigos y adversarios. Al exponer teorías presenta el mismo consorcio entre los funestos errores de fondo y la brillantez de estilo que ya señalé en sus novelas.

Luis Alfonso, el narrador de las *Historias cortesanas*, posee la misma variedad de aptitudes que Picón, y á ellas debemos un excelente libro sobre Murillo, innumerables estudios sueltos de Estética aplicada, notas de viajes artísticos, biografías literarias, crónicas teatrales, etcétera, todo ello impregnado de aristocrática pulcritud. Siempre ha preferido Luis Alfonso el aislamiento de la independencia al horizonte estrecho de las banderías que imponen la abdicación del criterio propio. Si coleccionase sus artículos de crítica desde 1871 hasta la fecha, tendríamos en ellos una historia fragmentaria del arte y de la literatura contemporáneos, y una muestra curiosa de los debates á que dió origen el naturalismo en su aparición.

Para apurar la materia que traigo entre manos me detendría á hablar de Antonio Sánchez Pérez, antiguo director de *El Solfeo*, y en quien la levadura de las ideas disolventes no ha bastado á corromper la sencilla elegancia del estilo, algo semejante, en lo desenfado y correcto, al de algunos prosadores castellanos de otros días, y que concuerda con su modo de criticar, benevolentísimo por sistema, nada profundo y vigoroso, pero sí perfectamente razonado é inteligible. Leopoldo García-Ramón respira el medio ambiente del naturalismo francés, ha estudiado á sus más notables representantes, y es autor de dos ligeras monografías sobre el poeta Juan de Richepin y el novelista Guy de Maupassant. Alardean de modernistas en el mismo sentido Rafael Altamira en el periódico salmeroniano *La Justicia*, y Luis Ruiz Amado (*Palmerín de Oliva*) en *El Resumen* y en la *Revista Contemporánea*. En ésta y otras publicaciones se extienden á la biblio-

grafía literaria, lo mismo que á la científica, la actividad fecunda y el saber enciclopédico de Rafael Alvarez Seireix, talento privilegiado y de rara perspicacia unido á un corazón excesivamente bondadoso. También se señala entre los periodistas jóvenes el salmantino Francisco F. Villegas (*Zeda*), que en la *Revista de España* y en *La Epoca* ha insertado artículos de mucho fuste y esmerada forma.

Uno de los temas que más privaron en nuestra crítica desde la aparición de *L'Assommoir*, dió pie á doña Emilia Pardo Bazán para tejer la serie de deliciosos sofismas bautizados con el epígrafe de *La cuestión palpitante*¹, sofismas que corren traducidos en la lengua de Zola y que, si dejan entrever un armazón de palmarías contradicciones recubierto con hilos de oro, constituyen el más elocuente alegato que cabía presentar en pro de tan mala causa. Es éste un libro que se deja leer con la misma delectación morosa que todos los de la esclarecida autora gallega, aun disintiendo de sus peregrinas opiniones, junto con las cuales aparecen á nuestra vista las semblanzas de los principales cultivadores de la novela en Francia y en España. La lectura de *La cuestión palpitante*, del trabajo sobre *Las epopeyas cristianas*, y de algunos rasgos de crítica diseminados en las obras *Al pie de la torre Eiffel*, *Por Francia y por Alemania*, y *De mi tierra*, hacía temer que la señora Pardo Bazán se equivocase al fijar su vocación literaria, prefiriendo el género de Jorge Sand al de Sainte-Beuve; de tal manera resplandecen en esas páginas, escritas al desgaire, la intuición analítica, y el vigor y la exactitud de los trazos con que describe las

¹ Madrid, 1883. Se publicaron primero en *La Epoca*.—El elegante y modesto escritor católico D. Francisco Díaz y Carmona contestó á *La cuestión palpitante* en una serie de preciosos artículos sobre *La novela naturalista*, insertos en *La Ciencia Cristiana*. (Años 1884-1885.) Antes había escrito otros no menos apreciables sobre *La Atlántida* de Verdguer.

personas y las ideas. Con la aparición del *Nuevo Teatro Crítico*, alarde pasmoso de saber y de actividad, se han confirmado las inducciones á que se prestaban análogos estudios sueltos de la insigne escritora. Bastarían los consagrados en aquella revista mensual á Pereda, Alarcón y el P. Coloma para labrar la fama de un autor por el tino, la comprensión sintética y los primores de frase que en ellos resplandecen.

Coloca á la crítica entre las ramificaciones del arte literario la señora Pardo Bazán, y en este sentido la cultiva ella, renovando la concepción que trata de analizar, sintiendo lo que sintió el espíritu en que fué engendrada, y dándonos á gustar la belleza refleja con nuevos matices sobreañadidos á la del modelo en que se inspira. Sólo falta á los juicios de la ilustre dama, para ser inmejorables, mayor cantidad de independencia respecto de los errores afortunados y dominantes.

Entre las publicaciones de estos últimos años figuran las de algunos críticos nuevos que muestran en esperanza lo que podrían dar de sí llegados á la madurez. Recuerdo el erudito *Estudio sobre Anacreonte y la colección anacreóntica, y su influencia en la literatura antigua y moderna*¹, por D. Antonio Rubió y Lluch, autor asimismo de una Memoria acerca de *El sentimiento del honor en el teatro de Calderón*² y un nutrido discurso en que se estudia *El renacimiento clásico en la literatura catalana*³; las conferencias *Fernán Caballero y la novela en su tiempo* y *De la poesía regional gallega*, dadas en el Ateneo de Madrid por el Marqués de Figueroa, y dos trabajos de la señorita Blanca de los Ríos, uno inserto en *La España Moderna* (1889) sobre el tipo legendario de *Don Juan*, y otro, que la autora promete, consagrado á *Tirso de Molina*.

Aun citaré la memoria de D. Antonio Sánchez Mo-

¹ Barcelona, 1879.

² Barcelona, 1882.

³ Barcelona, 1889.

guel sobre el *Fausto* de Goethe y *El mágico prodigioso* de Calderón, premiada por la Academia de la Historia, y los dos libros de D. Angel Lasso de la Vega referentes á la escuela poética sevillana desde el siglo XVI hasta el XIX. Más interesantes quizá son las investigaciones que ha hecho el mismo autor sobre nuestro Teatro clásico nacional.

Las influencias transpirenaicas, el rigorismo de la ciencia aplicado al arte y á la Literatura, el método experimental, ya á la manera de Taine, ya á la de Zola, el espíritu antirromántico y positivista, constituyen el alma de la crítica barcelonesa en la actualidad, é imperan sin rival en sus más genuinos representantes, José Yxart y Juan Sardá.

Yxart viene publicando anualmente, desde 1885, sendos volúmenes con el título de *El año pasado, Letras y artes en Barcelona*¹, en los que examina las producciones y vicisitudes del regionalismo y la *renaixensa* en Cataluña, comprendiendo igualmente á Valencia y las Baleares. Verdaguer, Mérida, Soler, Llorente, Miguel Costa y otros muchos mantenedores de la bandera enarbolada por Aribau, ocupan su correspondiente lugar en estas reseñas periódicas, en donde lo hay también para los escritos en prosa, para las compañías teatrales madrileñas, para las Exposiciones, y para toda suerte de *Casos y cosas* que llaman la atención en la ciudad condal. La benevolencia con que son recibidos en Madrid los trabajos de Yxart no basta á arrancarle una muestra de gratitud y cariño, ni á suavizar el tono despectivo con que suele hablar de todo lo que pertenece á Castilla. Si algo le merece aprecio en nuestra moderna literatura nacional es lo que tiene de francesa, ó más bien de realista, puesto que él se gloria de pertenecer á su época y abomina de todos los idealismos.

¹ Le debemos además un *Estudio biográfico-crítico* del pintor *Fortuny*, y la traducción de los *Dramas de Schiller*.

Los *antiguos maestros en gay saber*, como Rubió y Ors, Aguiló y otros adoradores de la tradición histórica, encuentran poca ó ninguna simpatía en Yxart, que guarda la suya para los pintores del mundo contemporáneo y de sus costumbres, para los amantes de lo verdadero y lo natural, como se llaman á sí mismos los que anhelan por el definitivo reinado de la prosa. Aunque la erudición del celebrado crítico es especial de obras francesas y catalanas modernísimas, se extiende también á la Literatura española. En el estilo hay oro de ley entre una multitud de diamantes falsos, hay decaimientos lastimosos y ampulosidad lírica que contrarrestan el mérito de numerosas observaciones delicadas y profundas.

Con menos elevación que Yxart, le sigue de cerca, aunque no escribe con tanto desenfado y tanta brillantez, D. Juan Sardá, cuyos estudios se concentran también en el movimiento literario de las regiones levantinas, sin perjuicio de hacer furtivas excursiones por fuera de esos acotados dominios, en los que con gusto preferente expulsa su actividad. Lo que él ha fallado sobre los maestros más conspicuos de la poesía catalana, lo que dijo de *La Atlántida* en los días de su aparición, va convirtiéndose en juicio unánime de los inteligentes, y creo que resistirá al cambio de los tiempos y las ideas, aunque el autor no haya obtenido momentáneamente los triunfos que se logran con las bengalas de la ingeniosidad aparatosa y con el uso hábil de la caja de truenos. No ocultaré, sin embargo, que el patriotismo, la intransigencia doctrinal y las preocupaciones propias y del público para que escribe ciegan á Sardá, apasionándole en pro ó en contra; que el análisis peca en él de prolijidad y vulgarismo, y que su prosa resulta algo innatural y dislocada.

Pero es un portento de clasicismo y de pureza si se la compara con la del filósofo bilingüe Pompeyo Gener, positivista rabioso, que ha querido remozar con

lentejuelas arrancadas del manto de Comte y Littré el agujereado banderín progresista en una serie de declamaciones contra España ¹ dignas de cualquier mediano estudiante de colegio. El clima y el arte culinario son los dos grandes factores de la civilización ó de la decadencia de un pueblo, según los descubrimientos de este petulante rapsodista, que si no da idea de lo que han sido *La literatura castellana* ni *La literatura catalana en el siglo XIX* (epígrafes de dos de sus *Herejías*), sabe tronar en cambio contra la religión y contra el idioma de Cervantes, pidiendo carta blanca para toda suerte de impiedades y neologismos (en interés propio, ya se comprende).

Mucho más cuidadosamente que Gener siguen el moderno renacimiento catalán D. Melchor de Palau, que á la vez trata de obras castellanas en sus *Acontecimientos literarios*, y D. F. Miquel y Badía, crítico juicioso é inteligente del *Diario de Barcelona*, y cuyas aficiones decididas le llevan al estudio de las artes plásticas.

¹ *Herejías. Estudios de crítica inductiva sobre asuntos españoles.* Barcelona, 1887.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE LOS MONTES, 10